

El aplazador

RELATO INÉDITO DE FERNANDO PESSOA

Cuando por fin llegué a la estación, verifiqué, por el horario, que el tren todavía demoraba hora y cuarto; por la información humana, que tardaría dos. Decidí, con la violencia del desespero, dar una vuelta lenta por el pueblo. Si la vuelta fuera rápida, tendría que dar varias, y aun así no habría llegado el tren.

Recorrí, con una lentitud impersonal, las calles casi vacías de la aldea. Examiné, con interés sucesivo, las sucesivas cosas sin interés. Iba a girar hacia un camino, que ya no era calle, por donde se salía del pueblo hacia la extensión del campo, cuando me llamó la atención un anuncio inscrito en un tablón pequeño de madera, viejo ya, que salía de la parte superior de una puerta cerrada. El tablón decía: “Passos, Aplazador”.

Me detuve. Leí otra vez el anuncio. Lo leí varias veces. Intenté extraer un significado corriente y aceptable de lo que estaba escrito en él. Intenté mentalmente otras cosas. Fallé en todas. ¿El tren todavía tardaba casi dos horas? ¿Por qué no saber lo que era esto? Avancé hasta la puerta y llamé.

Un movimiento de pasos arrastrados emergió del horizonte interior de la casa, se aproximó audible por un corredor, y se coló del otro lado de la puerta un sonido de llave que entra en una cerradura. La llave terminó en un punto blando, giró con un roce rancio, y la puerta comenzó a abrirse. En ese momento caí en cuenta de que no me había acordado de pensar lo que iba a preguntar. Me puse una



sonrisa en el rostro y esperé. Cualquier otro, estuviese donde estuviese, no habría esperado de mejor manera.

Cuando la puerta se abrió de golpe, del espacio que se hizo en ella surgió ante mí el bulto de un viejo, vestido, en la parte más externa, por un sobretodo antiguo, con una boina desvaída propia de aquellos que no salen de casa. El viejo llevaba una barba mal recortada y tenía unos ojos vivos y tristes. Ojeó hacia el espacio de la puerta abierta sin curiosidad, pero en seguida ojeó con curiosidad mi ocupación de ese espacio.

—¿Qué quiere? —preguntó en una voz baja, abstracta, una voz desapegada de todo, salvo del hecho necesario de ser voz.

—Nada —respondí—. Con esto quiero decir que deseaba saber lo que significa la palabra “aplazador” que aparece en aquel anuncio.

Señalé el anuncio sobre el tabloncito de madera con la naturalidad de quien señala lo que no necesita ser señalado. Allí no había ningún otro tablón, y tampoco existía, supuse, la palabra “aplazador” como designación profesional en ningún otro tablón en el mundo que no fuese aquel.

El viejo respondió con una pregunta:

—¿Quiere entrar? —dijo.

Dudé después de entrar. No me avergüenzo del hecho. Esto le ocurre a muchos en este mundo, por muchas cosas que no tienen lugar en casas de aldea, y, con seguridad, a propósito de anuncios muy diferentes.

El viejo cerró la puerta y, sin decir nada más, avanzó delante de mí por el corredor de la casa, que era largo y ubicado en todo el centro de ella, hasta donde yo podía calcular. Llegó al final del corredor, que iba a chocar con una ventana pequeña y alta, de las que no se abren, y, abriendo una puerta que se encontraba a la derecha, se detuvo y me hizo señas de

Los ministros, cuando aplazan, no aplazan, atrasan. Bien se ve, son hombres de acción. Yo aplazo de veras y enseño a aplazar... a aplazar simplemente, a dejar de hacer con complejidad, a dejar para mañana con nobleza.

que entrara, precediéndolo. Era un salón comedor, de muebles viejos y sin interés. Sobre la mesa larga, sin mantel ni servilletas, había una garrafa y una copa. La copa era alta. La garrafa era de vino. La copa estaba vacía, la garrafa casi vacía. El viejo me indicó que me sentara, alzó la garrafa y al pasar por una alacena sacó de ella una copa, que colocó sobre la mesa. Salió del recinto; me quedé y tomé asiento, sin pensar ni observar. En breve —solo segundos después— regresó con la garrafa llena, o tal vez con otra, pues esta me pareció hecha de un vidrio verde más claro. Se sentó en una silla frente a mí. Llenó mi copa y después la suya. Bebió un trago largo, me hizo señas de que hiciera lo mismo, y así lo hice. Luego, dejando la copa sobre la mesa, me preguntó:

—¿Qué es lo que quiere saber sobre la palabra “aplazador”?

—Realmente nada, a no ser lo que significa...

—En otras palabras, realmente todo. Cuando no se trata de política, el sentido de las palabras es lo más significativo de ellas.

—Entendido, entonces, si usted quiere...

—Aplazador —replicó el viejo— es mi profesión. En realidad, debería habérselo explicado mejor: yo soy, especial y particularmente, un profesor de aplazamiento.

—¿Entonces deben haber pasado por aquí muchos ministros? —afirmé, preguntando y sonriendo.

—No —respondió sin sonreír—; nunca ha pasado uno solo. Los ministros, cuando aplazan, no aplazan, atrasan. Bien se ve, son hombres de acción. Yo aplazo de veras y enseño a aplazar... a aplazar simplemente, a dejar de hacer con complejidad, a dejar para mañana con nobleza.

“Educo en la conciencia de la complejidad de todos los actos humanos”, prosiguió diciendo; “en la certeza del error de cualquier gesto, en la seguridad de la derrota de todas las victorias y de todos los logros. Si la mayoría de los hombres forzosamente tienen que ser vencidos, ¿por qué no se les educa para ser vencidos? ¿Por qué no educar a la humanidad para no ser nada, si la mayoría... ¿pero qué digo?, si toda ella, nada va a ser?”.


“Todos tenemos viveza, inteligencia, imaginación y energía de niños; o por lo menos las tenemos la mayoría de nosotros. Crecemos para perder todas estas facultades. De adultos, parece que nunca las tuvimos. Quien llega a viejo sabe esto muy bien. Escuché decir preceptos del espíritu a pequeñitos de cinco años, que los idiotas de cuarenta en los que se convertirán ni siquiera serían capaces de comprender. Vi brillar los ojos con

la conciencia de la belleza de una historia, o de un objeto, a pequeñitas de tres años, que hoy, a los treinta, tienen la substancia mental de un trapo de limpieza, o la vibración íntima de un tazón con un cepillo adentro”.

“De adolescentes, también, todos tuvimos grandes sueños, o, al menos, la mayoría de nosotros. Amamos en la imaginación mujeres imposibles, pero las amamos... Vencimos, en sueños, obstáculos invencibles, pero los vencimos... Cuando éramos ya adultos, cualquier mujer nos servía... Cuando ganábamos la estatura de hombres, todo era un obstáculo para nosotros, y el aburrimiento era ya insoportable...”.

“¿Por qué no habríamos de educar a la humanidad para este, su constante destino?”.

“Pero no son solo los que fracasan quienes fracasan. Los que vencen, fracasan todos también. En unos, la derrota está inscrita en la distancia entre lo mucho que obtuvieron y la inmensidad de lo que desearon. En otros, la derrota está grabada en la calidad de aquello casi conseguido en comparación con aquello en que se había puesto el deseo. Adquiere riquezas el que habría preferido ser célebre. Llora el poderoso los versos que le quedaron por escribir; y el poeta gime, sobre el mejor de sus sonetos, la carrera de gloria militar cuya perspectiva le alentó otrora el alma...”.

—Pero fracasar no es aplazar o 

Nota

El presente cuento, cuyo título original es, presumiblemente, “O Addiador”, no solamente quedó inacabado —como tantos y tantos y tantos textos en prosa, aforismos y poemas de Fernando Pessoa— sino que quedó interrumpido en mitad de una frase... Cuando ya había desarrollado numerosas páginas, y había creado dos personajes bien marcados y una serie de disquisiciones apasionantes sobre las virtudes de aplazar y las diferencias entre “aplazar” y “atrasar”.

Se supone que el relato fue escrito en 1929 y se habría llamado “O Addiador” a partir de dos factores: en primer lugar, que el texto se encuentra escrito en un papel con tonalidades rosadas, algo muy poco común en Pessoa y que se dio casi exclusivamente ese año, y en segundo lugar, que aparece un pequeño esbozo conceptual del cuento con ese título en un manuscrito que data de ese año.

Según palabras del conocido estudioso de la obra pessoana Javier Pérez López, “la descripción presente en ‘O Addiador’ (el procrastinador o el aplazador) ahonda en el arte como fórmula de aplazamiento, deja entrever ya la temática sugestiva y profunda de este cuento, que tal vez pueda ser considerado inacabado, pero que posee un corpus amplio que permite interpretaciones en la senda de la tentativa metafísica y metaartística de los cuentos pessoanos, especialmente aquellos que se alejan del género policiaco y que parecen tener un contenido metaliterario y filosófico importante, fuertemente aliado a una poderosa crítica social”.